

El incierto futuro del Estado del Bienestar en Europa, dos lecturas imprescindibles

Joan Romero



La Europa asocial
Luís Moreno
Barcelona, Península, 2012



Europa sin Estados
Luís Moreno
Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014

Luís Moreno, uno de los grandes estudiosos sobre el Estado de Bienestar en Europa, ha publicado dos libros sobre el presente y el futuro del Modelo Socioeconómico Europeo (MSE) y sobre los retos y contradicciones que el actual contexto plantea cuando se trata de conciliar globalización e interdependencia, soberanía, democracia y posibilidad de garantizar a los ciudadanos europeos lo esencial del Estado de Bienestar. En especial cuando emergen con fuerza tentaciones de repliegue hacia un Estado-nación incapaz hoy de garantizar aquello que garantizaron a sus ciudadanos durante la se-

gunda mitad del siglo xx. Son muchas las grandes cuestiones que se abordan, todas relevantes, y muchas las discusiones que sugiere, todas de gran calado al tiempo que inevitables para las ciencias sociales. Su dilatada carrera investigadora sobre estos temas y su demostrada capacidad para integrar tradiciones diversas desde las ciencias sociales para analizar procesos que no admiten compartimentación alguna, ofrecen como resultado dos trabajos de lectura imprescindible tanto para especialistas como para estudiosos o ciudadanos interesados en saber más sobre uno de los temas centrales que

afecta a la vida de millones de ciudadanos.

En *La Europa asocial* ofrece un completo panorama sobre muchas de las grandes cuestiones relevantes que hoy preocupan o debieran preocupar a las ciencias sociales porque son las que preocupan a la gran mayoría de los ciudadanos. No se trata, a mi juicio, de un libro más sobre la Europa social, sino de un texto básico para estudiosos y ciudadanos interesados en saber más. El autor se propone con éxito ofrecer al lector un excelente exhaustivo análisis sobre el proceso de consolidación del Modelo Socioeconómico Europeo y las bases ideológicas que lo hicieron posible, los factores endógenos y exógenos que explican los grandes cambios que explican las distintas *edades* y versiones del Estado de Bienestar, las dificultades, desafíos, contradicciones y límites del proyecto político europeo para «asegurar» del Estado de Bienestar en un contexto globalizado en el que la Unión Europea ocupa un lugar muy distinto al de hace unas décadas. Todo ello sin dejar que el lector aparte la mirada del caso español al que se presta especial atención a lo largo de todo el libro.

En su libro más reciente, *Europa sin Estados. Unión política en el (des)orden global* da un paso más y afronta el desafío que la mundialización supone para una Unión Europea ensimismada, carente de liderazgos políticos y crecientemente relegada que evidencia dificultades para avanzar desde una unión monetaria inacabada hacia una unión económica, fiscal y política que se entiendo imprescindible precisamente

para garantizar el Modelo Socioeconómico y el Estado de Bienestar. El libro, que complementa al anterior, sugiere a mi juicio dos grandes ideas fundamentales. En primer lugar, entre el modelo de «individualización remercantilizadora de corte norteamericano» y el «neoesclavismo» de grandes economías como la china o la india, vale la pena apostar por el Modelo Socioeconómico que pueda garantizar un Estado de Bienestar como el europeo. En segundo lugar, encara esta gran contradicción: el Estado-nación wesfaliano, que de nuevo se añora con expresiones más o menos renovadas de nacionalismos (con Estado y sin Estado) y de populismos de derechas y de izquierdas, demuestra una «progresiva obsolescencia», se muestra incapaz e «impotente» para afrontar los desafíos de una nueva era presidida por la globalización y la interdependencia. «La acción “soberana” e individualizada de los Estados europeos, –escribe el autor–, está condenada al fracaso por su incapacidad para condicionar por sí misma a los mercados financieros. Más bien son estos últimos los que han impuesto el modo, el ritmo y los alcances de las actuaciones económicas de los Estados europeos. Incluso aquellos países centrales europeos más capaces de articular estrategias “independientes” (Alemania, Francia o Reino Unido), hace tiempo que certificaron amargamente su impotencia para implementar por sí solos opciones descoordinadas con el resto de socios continentales» (pág. 103). El Modelo Socioeconómico Europeo y el Estado de Bienestar, más allá de las reformas necesarias, solo será

posible a escala continental, porque «los intereses en juego son de carácter continental» (pág. 94), desarrollando ahí las políticas y los mecanismos de solidaridad que antaño fueron posibles en la escala estatal y que ahora ya no son posibles.

La Unión Europea debe hacer de la necesidad, virtud. Y el retorno de la política, la capacidad para embridar democráticamente procesos y poderes económicos crecientemente desterritorializados que operan a escala global, la posibilidad de garantizar políticas públicas que garanticen mecanismos de cohesión social y un «futuro de reciprocidades», la forma más eficaz de evitar que se acentúen procesos de repliegue con el riesgo inherente de que resuciten fantasmas del pasado aun con nuevo formato en forma de nuevos populismos, es con más Europa, no menos. Más Europa económica, fiscal, política y cultural como respuesta a la globalización. Una Europa capaz de encarnar un nuevo propósito colectivo, un ideal político y un nuevo relato para una nueva Era. Una Europa inclusiva, no intrusiva. Una Europa política, no burocrática. Una Europa social, no una Europa asocial que abriría las puertas a la progresiva erosión de las clases medias, de la precariedad y de una fragmentación y polarización políticas, en clave nacionalista, de consecuencias imprevisibles. Porque, paradójicamente, la Unión Europea está en mejor situación para defender los intereses de cada Estado y en consecuencia del conjunto. Porque no hay dulces declives y quienes ahora reclaman menos Europa y, aún más, quieren dar por fi-

nalizado este original proyecto político cimentado en la paz y la seguridad tal vez ignoran que la vuelta atrás tendría efectos devastadores para todos.

Alguien escribió que hubo enemigos que se transformaron en vecinos y ello propició el mejor periodo histórico de los pueblos europeos. Ahora, en plena *Edad de Bronce* del Estado de Bienestar en Europa, ante los nuevos procesos y riesgos globales, caben diversas opciones, ha escrito Beck: retirada (repliegue), apatía (nihilismo) o transformación. En estos libros, tesis que comparto plenamente, se apuesta por la tercera. Por eso se trata de dos libros tan sugerentes y complementarios como imprescindibles. Porque además de informar y de ofrecer análisis que pocas personas pueden hacer tienen la virtud de sugerir, de interpelar y al tiempo relacionarlo con otras aportaciones recientes.

PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN

Para ordenar un poco mis propias preguntas hago mía la fórmula que Luís Moreno sugiere en su segundo libro al sugerir preguntas de investigación, para entablar un diálogo sobre algunas de las grandes cuestiones de fondo que se analizan en estos dos libros.

DESVANECIMIENTO DE LA EUROPA SOCIAL

Europa es el espacio del mundo que fue capaz de construir un Estado de

Bienestar que garantiza derechos básicos de ciudadanía como en ninguna otra parte. Es nuestro mejor logro colectivo como europeos. Por sus valores y por sus realizaciones. Permitió avances históricos sin parangón y la justicia social ha llegado más lejos que en ninguna otra parte del planeta. Todavía sigue siendo así. Pero Europa occidental ha tardado demasiado tiempo en comprender los cambios en curso. Cambios que no es seguro que le beneficien y que ya no puede gestionar en solitario y tal vez ni siquiera como actor principal. El Modelo Socioeconómico Europeo se desarrolló en un contexto completamente distinto al actual: *a)* geopolítico (Guerra Fría, la amenaza y el contrapunto cercano del modelo comunista –cuestión que tal vez hubiera merecido mayor consideración en *La Europa asocial*– y el Atlántico como centro de gravedad mundial); *b)* económico (crecimiento sostenido con pleno empleo y sin inflación durante las tres décadas gloriosas); *c)* social y cultural (estabilidad laboral, biografías laborales estables, estructura familiar tradicional), y *d)* un horizonte ascendente y la creencia (en general cierta) de que las generaciones siguientes tendrían mejores oportunidades que la generación anterior.

Hoy la situación es otra muy diferente, cualquiera de los planos antes enumerados que se considere. La Unión Europea no es capaz de actuar como actor geopolítico global y los Estados han visto modificadas sus capacidades tradicionales ante la emergencia de nuevos poderes económicos que no entienden de fronteras y que

no concurren a elecciones. La globalización de la economía ha provocado que muchos territorios europeos (y las personas que viven en ellos) se sitúen entre los perdedores de esta nueva fase de desarrollo del capitalismo desregulado que arranca en los ochenta y que ha mostrado su rostro más crudo y falto de ética en la crisis de 2008 y la Gran Recesión posterior de la que Europa es la región del mundo aún más afectada. Muchos ciudadanos europeos manifiestan un creciente sentimiento mezcla de incertidumbre, inseguridad, temor e indignación a la vista de la velocidad de los cambios en curso, de la crisis de algunos sectores productivos, de la precarización salarial, del deterioro de los mercados de trabajo, de las dificultades de incorporación de los jóvenes al mundo laboral, de las consecuencias de los recortes sociales, de la impotencia de sus respectivos parlamentos para resolver sus problemas, de los escenarios demográficos previstos a medio plazo y sus implicaciones en el mapa de pensiones o de la creciente presencia de nuevos inmigrantes. Sentimientos de temor que en ocasiones cristalizan en forma de explosiones sociales, en aumento de la desafección política, en actitudes que expresan rechazo al otro o en expresiones políticas de corte populista.

La globalización ha acelerado procesos en los que aumentan las desigualdades entre países y en el interior de cada uno de ellos. Y que en el caso de Europa los efectos de los acuerdos comerciales y la deslocalización están siendo devastadores para muchos sectores productivos y distritos industria-

les. Se ha roto la relación tradicional entre ciudadano, territorio, economía y Estado. Se ha alterado dramáticamente la correspondencia entre procesos globales y capacidad de los Estados. Las empresas y los mercados pueden pensar en global pero los Estados, además de asistir impotentes a este proceso de transformación, siguen pensando en clave «local». La ruptura del vínculo entre empresas y territorio es hoy una de las claves de bóveda y de los grandes desafíos de nuestro futuro inmediato.

La principal dificultad que hoy afronta Europa está en la creación de empleo suficiente, en especial en el conjunto de países que integramos la llamada *vieja periferia* europea. Es el fundamento del MSE porque sin empleo suficiente no es sostenible y además no se puede mantener ni financiar a crédito por más tiempo. Sin embargo, el proceso de globalización ha alterado por completo la división del trabajo y la perspectiva para el conjunto de la Unión, aunque hay regiones y ciudades ganadoras, no es favorable. Por cada región o ciudad europea ganadora hay muchas más perdedoras en las que son visibles los efectos negativos de la espiral descendente de pérdida de empleos en la industria, de dificultades para la agricultura, de evolución negativa de empleo estable, de reducción de salarios reales y del incremento del trabajo no declarado, temporal y precario. Todo ello agravado por la aplicación de políticas públicas más centradas en la reducción del déficit y el gasto público que en el fomento de políticas

activas de empleo y en el incremento de ingresos.

En este nuevo contexto, que hemos convenido en definir como su «*Edad de Bronce*», Europa occidental afronta varias crisis superpuestas: moral, de crecimiento, social, financiera, política, institucional y de gobernanza. Algunas son compartidas, otras específicas. Entre las segundas, las más remarcables son sin duda la crisis de crecimiento y nuestra enorme dificultad para crear empleo suficiente y decente, la crisis social y la crisis política. Muy probablemente porque la secuencia elegida para impulsar el proceso de construcción del proyecto político europeo debió haber seguido el camino inverso al seguido por las élites políticas y económicas. A estas cuestiones Luís Moreno dedica mucha atención.

Las consecuencias remiten tanto al aumento de las desigualdades en el seno de cada país, a dificultades de definición del propio proyecto de construcción «interno» como a la indefinición de su posición hacia el «exterior» como actor geopolítico global, tanto en el continente como en el resto del mundo. Es cierto que también es posible que el proyecto político europeo prosiga sin rupturas el camino hace tiempo trazado, aunque modificando significativamente el rumbo. De hecho, la Unión Europea ha afrontado muchas veces crisis institucionales profundas y siempre ha salido reforzada de ellas incorporando avances significativos en el proceso de construcción de un proyecto tan complejo como original. Pero desde los años treinta del siglo xx no se percibían señales de

recesión y crisis social tan agudas, prolongadas y de incierta superación.

Un auténtico *cambio de época* al que en otro momento hemos definido como el periodo en el que han producido los «grandes desacoples». Casi ninguno ha traído buenas noticias para las sociedades europeas. Una nueva era que a decir de muchos deja atrás modelos, relatos e incluso formas de entender el progreso de las sociedades. Un nuevo tiempo marcado por varias rupturas y cambios profundos que se irían gestando desde los años ochenta del siglo xx y que entrarían en una fase de vertiginosa aceleración histórica desde inicios de los años noventa. Estos cambios, además de desplazar el centro de gravedad geopolítico hacia el Pacífico, hacen que fragmentación, segmentación e integración selectiva constituyan los perfiles del nuevo contexto en muchos territorios, también en Europa. El resultado es que hoy casi nada es igual que hace treinta años. El mundo ha cambiado, la sociedad ha cambiado y el lugar que hoy ocupa Europa en el mundo es distinto. Y cuando se pregunta a los europeos muchos opinan que el momento presente es peor que el de hace unas décadas y además no tienen buenas sensaciones respecto a lo que les depara el futuro.

Sea como fuere, vivimos tiempos precarios. Ahora también en el seno de nuestras sociedades opulentas. Contrariamente a lo que se ha defendido durante décadas por el pensamiento económico ortodoxo, crecimiento e igualdad, al igual que crecimiento y empleo, no necesariamente van unidos, sino que puedan evolucionar se-

paradamente. De hecho, uno de los datos más estremecedores que hoy indican todos los estudios sin distinción es que durante las últimas tres décadas en las economías de la OCDE ha habido crecimiento económico, pero las desigualdades han aumentado de forma espectacular en todos y cada uno de los países. Muy especialmente en Europa y de manera muy significativa en la Europa periférica que asiste impotente al desmantelamiento de parte importante de su tejido industrial, en claro contraste con la Europa del Norte que ha sabido mantener hasta ahora su base productiva en buenas condiciones.

La cuestión fundamental en relación con este debate es: ¿Quiere la Unión Europea ocuparse del futuro de nuestro Modelo Socioeconómico y del Estado de Bienestar haciendo posible que la idea de «más Europa» sea algo más que una invocación retórica? ¿Es posible pensar en esa opción como algo realista a la vista del escaso liderazgo político y de las señales de repliegue, aún con sus diferencias, que se emiten desde la Europa del Norte y del Sur? ¿Es razonable pensar que la Unión Europea se puede convertir en un actor global con voz propia (y a ser posible única) en el nuevo contexto de creciente multilateralismo e interdependencia, imprescindible para abordar cuestiones globales? Desde los retos derivados del cambio climático, la transición hacia nuevos modelos energéticos o la política migratoria común, hasta el diseño de nuevas formas de gobernanza global, el establecimiento de nuevos instrumentos de regulación y control del sistema financiero o de

nuevas reglas globales comerciales, fiscales o laborales a favor del trabajo decente y que limiten el riesgo de *dumping* social y ecológico, pasando por la obligación de reforzar la cooperación con los países en desarrollo. En este punto esencial coincido con el sugerente *trilema* propuesto por Dani Rodrik que impregna buen número de contradicciones analizadas por Luís Moreno en sus textos. Coincido también con alguna propuesta ambiciosa de Piketty en cuanto a la necesidad de implantar algún tipo de fiscalidad a transacciones y a riqueza. Pero es posible gobernar estos procesos globales desde la política? ¿Es viable?

En relación con el propio modelo socioeconómico europeo y su grado de sostenibilidad en un horizonte demográfico de creciente envejecimiento. El horizonte demográfico europeo supone nuevas necesidades y tensiones sobre el Estado de Bienestar, exige reformas y nuevas políticas e implica crecientes aportes de mano de obra extracomunitaria. De todos los nuevos desafíos colectivos relacionados con este punto uno de los más importantes está relacionado con la gestión de sociedades crecientemente multiculturales. Los europeos necesitaremos decenas de millones de nuevos inmigrantes antes de 2030 para hacer viable nuestro modelo socioeconómico, pero de forma mayoritaria somos contrarios a la inmigración. Sin duda ésta es ya una de las mayores contradicciones a las que se ven abocadas las sociedades europeas a la vista de las reacciones y de las expresiones políticas de corte xenófobo que ya son la norma en la mayor

parte de los países europeos. Existe la evidencia de que la identidad se utilice como estrategia de afirmación, de repliegue y como expresión política del resentimiento. Existe la posibilidad de que se ensanchen las brechas que dan lugar a la conformación de sociedades paralelas, federadas diría Amartya Sen, escindidas en definitiva. ¿Cómo se puede conciliar la necesidad de una inmigración regulada con las demandas crecientes de rechazo a la inmigración, e incluso de reducir la libre circulación de ciudadanos de la Unión entre diferentes países? Seguimos teniendo Europa, pero ¿verdaderamente cada vez hay más o menos europeos?

SOBRE EL FUTURO DEL ESTADO DEL BIENESTAR EN EUROPA

Naturalmente esta es una las partes fundamentales en los textos de Luís Moreno. A medida que se progresa en su lectura las cuestiones para la investigación se agolpan. Por esa razón en esta parte me limitaré siquiera a enunciar algunas de las preguntas que sus textos apuntan o que de su lectura se derivan en mi caso.

¿Es el miedo, la capacidad de intimidación, el auténtico motor de la Historia como afirma Josep Fontana? ¿Las causas que explican el llamado «reformismo del miedo» (en palabras de Rosanvallon) del periodo 1945-1975, ya no existen? ¿Es posible pensar en una refundación moral del capitalismo a partir de la presión de los ciudadanos en este cambio de época? ¿Dónde reside hoy el poder? ¿Es posi-

ble que quienes ahora ostentan (o detentan) el poder (que ha cambiado de manos) tengan que volver de nuevo a la mesa de los consensos políticos y sociales como sucedió en el siglo xx?

¿Tiene razón Luíís Moreno –los hechos parece que le dan la razón– cuando se pregunta si tal vez lo que hemos conocido como «el siglo de la redistribución», en palabras de Rosanvallon, no sea más que un epifenómeno de la modernidad que ha dado paso a una «Europa asocial» impregnada de un creciente «individualismo posesivo»? ¿Transitamos en Europa desde el *Welfare State* hacia el *Workfare State*, desde el Estado del Bienestar hacia la sociedad del Bienestar? El gran retroceso en los derechos sociales en Europa y el proceso generalizado de mercantilización y familiarización de las políticas públicas sociales será duradero o tal vez irreversible? ¿El Estado del Bienestar, en cualquiera de sus cinco versiones (el autor se refiere a cuatro si bien puede incluirse una quinta si se tiene en cuenta a los antiguos países comunistas de la Europa del Este hoy miembros de la Unión), debe considerarse un paréntesis en la historia de Europa? ¿Regresamos hacia un modelo de capitalismo cada vez más parecido al de los años veinte del pasado siglo como sugieren las investigaciones de Saez y Piketty? ¿Esta volviendo el capitalismo a sus características «naturales» en palabras de Milanovic? ¿La privatización de la política y la privatización del Estado y sus consecuencias en forma de sociedades rotas y precarizadas son el escenario futuro para millones de jóvenes europeos? ¿Cómo ocuparse del *preca-*

riado, esa nueva clase social emergente? ¿Cómo afectan los profundos cambios sociales y culturales (el contexto de individualismo posesivo al que alude el autor) a la posibilidad de conseguir el suficiente grado de cohesión y adhesión electoral a un relato alternativo? ¿Cómo afectarán estos procesos a la geografía electoral de Europa?

¿Es posible pensar en un amplio programa de reformas del MSE para garantizar el Estado del Bienestar al menos en lo esencial? Desde hace tiempo desde distintos centros de poder y desde sus centros de producción de pensamiento, universitarios y parauniversitarios, se nos insiste en que sólo hay un escenario posible. Comprobamos que la aplicación de esas políticas conduce a escenarios ya transitados en otros países y que pueden consolidarse en Europa: *a)* individualización remercantilizadora (modelo americano); *b)* devaluación interna, reducción del gasto público social y retroceso de provisión de políticas públicas universales (modelo de economías emergentes); *c)* erosión profunda de las clases medias con todas sus implicaciones.

Si la condición necesaria es la creación de empleo para disponer de ingresos ¿Qué hacer para crear empleo suficiente y decente en un contexto en el que crecimiento y empleo también se han desacoplado? ¿Qué tipo de reformas y readaptaciones, a su juicio ineludibles, serían necesarias, en su caso, para mantener en lo esencial del Estado de Bienestar en Europa? ¿La mercantilización de las políticas públicas sociales, por ejemplo en sanidad, tiene fundamentos o es simple cues-

tión de fe como afirma Krugman? En caso se que existiera voluntad política y mayorías parlamentarias para poder desplegar políticas públicas sociales ¿Dónde situar las prioridades en una Europa atezada por varias crisis superpuestas, afectada por muy profundas y diversas fracturas, socialmente atemorizada y fragmentada, atravesada por profundas contradicciones interclasistas e intraclasistas y políticamente radicalizada? ¿Cómo gestionar el creciente sentimiento mezcla de temor, indignación y tentaciones de repliegue hoy ampliamente instalado en la sociedad europea?

¿ES POSIBLE CONSTRUIR UN RELATO ALTERNATIVO AL NEOLIBERAL? ¿SOBRE QUÉ FUNDAMENTOS?

Gestionar el nivel de desconcierto y sensación de vulnerabilidad que ha arraigado en la mayor parte de los ciudadanos europeos. Cualquiera de las consultas y de las encuestas de opinión que se manejen ponen de manifiesto ese nivel de inseguridad, de incertidumbre respecto al futuro y de falta de confianza en los representantes políticos para resolver los verdaderos problemas que los europeos tienen perfectamente identificados. Muchas de las inseguridades y de las incertidumbres tienen que ver con problemas «nuevos», otras con problemas «viejos». Algunos guardan relación con cuestiones «exógenas» situadas más allá de las fronteras de su Estado y que el Estado no puede resolver por sí solo, otras con

cuestiones «endógenas» para las que el Estado tampoco parece tener respuesta, y en ocasiones ni siquiera instrumentos, para imaginar soluciones diferenciadas en función del contexto específico en cada caso.

Además de los problemas de competitividad y de productividad, de los procesos de intensa desindustrialización y de las notables dificultades de las economías europeas para crear empleo, mucho antes de que estallara la crisis financiera y la recesión, el Modelo Social Europeo había evidenciado otras graves dificultades y tendencias indeseables, en parte consecuencia de lo anterior. En especial una: la nueva geografía de las fracturas sociales, el creciente grado de fragmentación de nuestras sociedades y la llamativa aparición de niveles desigualdad y exclusión social en especial en el seno de determinados grupos sociales (niños, jóvenes, mujeres, mayores o inmigrantes) que reducen dramáticamente el grado de cohesión social.

Hace tiempo que se ha puesto en marcha el «descensor social». Es un proceso silencioso de adelgazamiento de la clase media junto a la consolidación de una amplia y diversa representación de ciudadanos «invisibles» «inaudibles» «desclasados» que subsisten básicamente en las ciudades, con empleos precarios o parciales y con niveles de protección social reducidos. Una amplia mayoría, irritada y alejada de sus representantes políticos, sobreexpuesta a los procesos de globalización de la economía, que ha desarrollado un notable sentimiento de inseguridad económica, física e identitaria. Una

mayoría social que tiene la sensación de que pese a ser el 99% el sistema democrático no les representa de forma adecuada. Una mayoría social empobrecida que vive en los márgenes de un sistema crecientemente desigual e injusto. Una mayoría social electoralmente imprevisible porque devuelve con su comportamiento electoral el mismo trato que percibe de sus representantes políticos tradicionales. Son los olvidados de la democracia. Al menos así lo perciben muchos europeos.

La crisis financiera global y sus consecuencias ha propiciado en Europa un interesante debate académico y político acerca del fracaso de las propuestas neoliberales que durante tres décadas han demostrado una amplia hegemonía a nivel mundial y un supuesto renacimiento de la alternativa socialdemócrata como mejor opción para superar la situación actual. Simplificando, a los «treinta gloriosos» de la postguerra, donde el protagonismo de la socialdemocracia fue indiscutible en el proceso de construcción del Estado de Bienestar en Europa, siguieron otras tres décadas en las que el mayor protagonismo correspondió al pensamiento conservador que ahora cerraría su ciclo, para muchos con balance negativo porque ha protagonizado la etapa de la «gran polarización», abriendo mayores posibilidades a propuestas renovadas desde la socialdemocracia. Pero ese escenario, traducido al ámbito de las propuestas políticas concretas, de las preferencias electorales y de las mayorías parlamentarias no parece que por ahora se corresponda con la realidad europea, ni en la composición del

parlamento europeo, ni en la inmensa mayoría de los parlamentos nacionales o, en su caso, regionales.

¿Existe un relato alternativo al construido por el pensamiento conservador con capacidad con vocación no tanto de conseguir mayorías parlamentarias como de convertirse en hegemónico? ¿Puede hablarse de incapacidad para elaborar una alternativa al modelo ofrecido por el pensamiento ultraliberal? El conocido *think thank* del partido demócrata Center for American Progress lo ha definido como «la paradoja europea». La gran paradoja a la que la socialdemocracia y el conjunto del centro-izquierda se enfrentan en Europa en este momento: a la vista de los cambios sociales y culturales, de una parte, y de los efectos devastadores de una recesión en parte atribuible a valores y políticas de orientación neoliberal, pareciera que la propuesta socialdemócrata debiera suscitar mayor apoyo electoral entre los ciudadanos europeos. Sin embargo, salvo excepciones, son los partidos conservadores los que obtienen mayorías parlamentarias, aparecen nuevas formaciones políticas de centro-izquierda que disputan el voto a los socialdemócratas y los partidos radicales, en especial de extrema derecha, obtienen creciente apoyo en las urnas.

La socialdemocracia tuvo un papel decisivo, aunque no exclusivo, en el proceso de consolidación del Estado de Bienestar durante su llamada «Edad de Oro» (1945-1975). Contribuyó a crear una poderosa clase media de la mano de las políticas públicas de inspiración keynesiana en un contexto de

reconstrucción, de crecimiento económico sostenido y sin riesgos inflacionarios, de reindustrialización y en un mundo bipolar en el que Europa debía ser el contrapeso y la réplica al modelo comunista. Europa mantendría además, no se olvide, incluso hasta los años sesenta del siglo xx gran parte de su imperio colonial. Con estos elementos el discurso socialdemócrata cimentó una sólida coalición con las clases trabajadoras y encontró amplio respaldo social y político para dar forma y contenido al Estado de Bienestar. Contaba con recursos porque había empleo suficiente, diseñó un sistema fiscal progresivo ampliamente aceptado y contaba además con el amplio consenso político y social alcanzado en esa época. Es la época histórica del llamado *consenso socialdemócrata* o *consenso keynesiano*.

Evidenció serias dificultades para mantener su discurso en la «Edad de Plata» (1975-1990). Pérdida de las colonias, primera gran crisis económica desde la postguerra, emergencia de nuevos países industriales y primeros síntomas de agotamiento del modelo, crisis de viejas regiones industriales, declive urbano, aparición del fenómeno de la nueva pobreza, ruptura de la gran colación obrera, crisis fiscal e implosión del modelo comunista. El discurso neoconservador de la reducción del tamaño del Estado y del capitalismo sin reglas se afianzaba hasta el punto de convertirse en opción de gobierno en Estados Unidos y en Reino Unido desde finales de los ochenta. Es el momento en que se incuba lo que Antón Costas ha llamado la «quiebra

moral de la economía de mercado». La desaparición del comunismo, el agotamiento del llamado *consenso socialdemócrata* y el discurso deslegitimador del papel del Estado –y por extensión de deslegitimación moral de la izquierda– fueron clave en la construcción del relato neoconservador. De este cuadro general quedaban fuera Grecia, Portugal y España que inician la construcción de su Estado de Bienestar en la segunda mitad de los ochenta de la mano de su transición a la democracia y de su incorporación al proyecto político europeo. Mientras en la Europa democrática ya se hablaba de crisis del Estado de Bienestar y de inaplazables reformas para hacerlo sostenible, en la joven periferia democrática se sentaban las bases de su construcción. Por esa razón el ciclo político y los debates sobre el Estado de Bienestar en esos países son diferentes y más tardíos que en el resto de democracias maduras. Como también presenta rasgos singulares específicos el bloque de países postcomunistas que ahora integra la nueva periferia europea.

Ahora, abocada a la necesidad de conciliar un imposible: *cambio de época* y *final de ciclo*, afronta una crisis de identidad y de adaptación muy notables en esta llamada «Edad de Bronce». El contexto ya es otro muy diferente: pérdida de capacidad del Estado frente a mercados, globalización económica y desindustrialización creciente, desplazamiento del centro de gravedad geopolítico hacia el Pacífico, creciente irrelevancia política de la UE, cambios culturales y sociales muy profundos, empobrecimiento y segmentación de

la clase media, aumento de las desigualdades y la exclusión social, nuevas corrientes migratorias, crisis de crecimiento y crecientes dificultades para poder mantener un Estado de Bienestar que en su última etapa se ha podido financiar en gran medida recurriendo al incremento de la deuda pública y privada hasta que en 2008 el modelo colapsó. Pero, sobre todo, el hecho de que el Estado ya no es el ámbito adecuado para formular políticas, una circunstancia que ha desconcertado por completo a unos partidos socialdemócratas empeñados en pensar a escala estatal e incapaces de acordar estrategias a escala europea ¿El reciente ejemplo del gobierno socialista en Francia renunciando a su programa de gobierno es muestra de incapacidad, de impotencia o de imposibilidad de abordar estos problemas desde la escala del Estado? ¿Si la escala de Estado ya no es la adecuada y la Unión Europea todavía se adivina lejana ¿la socialdemocracia se ha quedado sin relato e irá perdiendo apoyo electoral de forma gradual? ¿Qué implicaciones podría tener esto en el mapa político europeo?

A mi juicio, a la sensación de fin de época en Europa se añade la percepción de fin de ciclo para la socialdemocracia y de incertidumbre para el conjunto de la izquierda europea. La socialdemocracia carece de respuestas propias. Carece de un relato adecuado a este nuevo tiempo. Al tiempo, otras expresiones de izquierda no son percibidas como alternativas de gobierno. Tampoco se abren camino modelos de crecimiento sostenible alternativos. La izquierda se fragmenta, es más plural,

aparecen y se consolidan los llamados *single issue parties*, pero en conjunto no sólo no alcanzan a consolidar su hegemonía, sino que en la mayor parte de países europeos ni siquiera son capaces de conseguir mayorías parlamentarias. En esa tesitura, el pensamiento neoliberal ha sabido imponer su relato conservador argumentado que «no hay alternativa» y que sus propuestas son el único camino posible.

Las «bases naturales» se han diluido y la nueva coalición electoral no tiene nada que ver con la coalición histórica sino que ha de partir de la gran recomposición social ocurrida. La clase obrera ya no puede ser el motor sino que han de ser las clases medias. Pero esa coalición electoral no es suficiente para conseguir una mayoría. A diferencia del electorado histórico, esta base electoral no está articulada en torno a intereses socioeconómicos (también importantes en especial para los «outsiders» que precisan de la ayuda pública), sino por «valores culturales progresistas»: quiere el cambio, «es tolerante, abierta, solidaria, optimista, ofensiva», y se opone a un electorado «más inquieto por el futuro, más pesimista, más cerrado, más defensivo». Y de otra parte, las clases medias están sumidas en un proceso de precarización que acentúa comportamientos defensivos y de repliegue en cada uno de sus Estados.

¿Puede afirmarse, salvando las distancias, que en Europa existen tendencias que de forma progresiva nos acercan más al modelo norteamericano que al modelo nórdico? Para muchos, esta «nueva desigualdad» es la expresión más evidente del fracaso del

Estado de Bienestar para asegurar mayor nivel de cohesión social y para invertir esta tendencia en el medio plazo. En consecuencia, uno de los mayores retos de futuro, junto a la creación de más empleo de calidad, consiste en reducir la creciente brecha social que se ha abierto en el seno de nuestras sociedades, ensayando nuevas metodologías de estudio, nuevas narrativas, para entender bien que la exclusión social es más difícil de medir que la pobreza, identificando bien los sectores más vulnerables e imaginando una nueva generación de políticas.

Sea como fuere, y más allá del debate acerca de si el gran retroceso en los derechos sociales en Europa será duradero o tal vez irreversible, el efecto combinado de la crisis de crecimiento y las políticas de la austeridad de inspiración neoliberal está modificando de forma dramática nuestras estructuras sociales desde la conocida forma de rombo hacia estructuras en forma de reloj de arena. Fragmentación social, polarización y precariedad constituyen hoy el resultado de lo que Beck ha definido como «la política económica de la inseguridad»: incremento de la pobreza y la desigualdad, precarización del empleo e inseguridad endémica, traslado de los riesgos al individuo, adelgazamiento de las clases medias y aumento de las fracturas sociales, ruptura del vínculo existente entre capitalismo, Estado de Bienestar y democracia, riesgo de *brasileización* de occidente, aumento de la desafección y la polarización social

Volviendo al inicio de esta parte, la cuestión es, si estos procesos son resul-

tado de la aplicación de políticas neoliberales ¿Por qué la socialdemocracia no es percibida como alternativa? ¿Por qué hoy la opción para millones de europeos, especialmente en la Europa del Norte, no es entre derecha o izquierda, sino entre derecha y extrema derecha? ¿Por qué la socialdemocracia europea no es capaz de elaborar un nuevo relato para este nuevo tiempo? ¿Es imposible por inviable? ¿Es debido más bien su propia incapacidad, a su papel subalterno o connivente respecto a las políticas de inspiración neoliberal hegemónicas desde hace décadas? ¿Tal vez sea debido a que no es posible? De existir una estrategia socialdemócrata a escala europea, hoy inexistente, sobre qué bases se podría cimentar un nuevo relato consistente? ¿Prosiguiendo la vía reformista o eligiendo cambios más profundos, de ruptura, en compañía de otras expresiones de la izquierda? ¿Cómo legitimar el papel de la esfera pública?

Cuando uno acaba de leer los dos libros tiene la sensación de que hay margen para dar sentido al término «más Europa». En el ámbito geoestratégico, político, económico, social, ambiental y moral. Luís Moreno subraya la idea de que existen oportunidades, aunque también hay riesgos. Entre los segundos, tal vez el riesgo de fractura política Norte/Sur y de los egoísmos nacionales en medio de una profunda crisis de liderazgo y la emergencia de los nuevos rostros del populismo. Hoy carecemos de una visión política equiparable a la que hizo posible el inicio de este proyecto político original. Esta ausencia de una visión política clara se

produce precisamente en el momento en que Europa se encuentra en la crisis más grave desde 1945, o incluso en una situación parecida a la de antes de 1933 decía Claus Offe en un texto reciente. Esperemos que trabajos excelentes como los que aquí se reseñan y que tantas preguntas me sugieren contribuyan también a encarar con inteligencia el contexto complejo e incierto al que nos enfrentamos.

.....
JOAN ROMERO es catedrático de Geografía Humana en la Universitat de València.